

de la ligazón del hombre a su Dios, entraña del existir humano bien escudriñada por Laín y que también un día explicaron, en España, Xavier Zubiri, y desde sus propios supuestos el creador de la sicología profunda.

En todo momento la exposición de Soler Puigoriol se atiene fielmente a los textos lainianos; más que explicación o enjuiciamiento, el propósito del autor de *El hombre, ser indigente* parece haber sido componer en su real dimensión, haciendo destacar su amplitud y hondura también, la interpretación del hombre elaborada por Pedro Laín y expuesta por él, un poco a retazos, en varias de sus más importantes obras. De la trascendencia de tal doctrina en el mundo intelectual de Laín da testimonio, como antes dije, la constante presencia del tema del hombre en su total producción escrita y más todavía el que la utilización de esta doctrina antropológica le ha permitido encarar con innegable originalidad y obtener provechosos frutos, muy distintos problemas históricos, literarios y filosóficos. La presentación material de la obra de Soler Puigoriol, justo es proclamarlo, a la altura de la valía del libro, honra al editor.—LUIS S. GRANJEL.

CARLOS J. FINLAY: *Obras completas*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba. Museo Histórico de las Ciencias Médicas «Carlos J. Finlay», 1965. 2 vols., XVIII + 465 265 pp.

Carlos J. Finlay (1833-1915) es, sin duda, la figura más destacada de la historia de la medicina cubana. Su contribución fundamental fue el descubrimiento de que el mosquito *Culex* es el agente transmisor de la fiebre amarilla. Hasta 1880 fue partidario de una de las teorías «atmosféricas» habituales en la época, pero a partir de dicho momento empezó a considerar otros medios de transmisión. En 1881 leyó su primera comunicación relacionando el mosquito a la fiebre amarilla, publicando después hasta finales de siglo más de setenta trabajos acerca de la clínica, la anatomía patológica y sobre todo la epidemiología de esta enfermedad. En 1901 una comisión médica enviada por los Estados Unidos y dirigida por el doctor Walter Reed verificó la teoría de Finlay, lográndose a partir de esta fecha controlar esta enfermedad primero en Cuba y más tarde en el istmo de Panamá y en otros territorios. En la mayor parte de las publicaciones en inglés el mérito de este importante logro se ha venido adjudicando exclusivamente a Reed, dejando reducida la obra de Finlay a un pálido precedente o incluso

desconociéndola por completo. Esta notoria injusticia ha provocado en Cuba desde hace algunos años un movimiento «finlaísta» de reivindicación, cuyo más caracterizado representante es quizá César Rodríguez Expósito, cuya labor desarrollada en los casi treinta volúmenes de los *Cuadernos de Historia de la Salud Pública* (1952-1965) de La Habana es sobradamente conocida. No hace falta subrayar que el tema ha encontrado un ambiente especialmente propicio en la Cuba de Castro. La reciente institucionalización de los estudios histórico-médicos en la misma, presidida por el profesor J. López Sánchez, se ha centrado en la figura del gran epidemiólogo: el nuevo Museo Histórico de las Ciencias Médicas se ha bautizado con su nombre y *Finlay* se llama también la revista de la disciplina que se publica en la capital cubana desde 1963. Resulta lógico que en 1965, con motivo del cincuenta aniversario de la muerte de Finlay, estas instituciones realizaran un esfuerzo de carácter extraordinario. Rodríguez Expósito desde el departamento de Historia del Ministerio de Salud Pública editó un volumen de *Papeles de Finlay* que recogía su actividad como director gubernativo de la sanidad cubana (1902-1909). López Sánchez y el Museo Histórico de las Ciencias Médicas, por su parte, han emprendido la publicación de estas *Obras completas* que comentamos. Planeada su aparición desde comienzos de siglo, todos los proyectos anteriores habían quedado hasta ahora reducidos a un volumen de *Trabajos selectos* (1911) en castellano y en inglés. La presente edición, por el contrario, aspira a recoger toda la producción escrita de Finlay, y está planeada en cuatro tomos. Los dos primeros—que son los aparecidos hasta el momento—están dedicados a sus trabajos sobre la fiebre amarilla. El tercero y cuarto recogerán sus estudios acerca del cólera, el tétanos, la lepra, la filaria y diversos problemas oftalmológicos.

El primero de estos volúmenes—que lleva un prólogo del profesor López Sánchez—incluye dos estudios acerca de la vida y la obra de Finlay: la introducción que J. Guiteras escribió para el tomo de *Trabajos selectos* en 1911, y una amplia biografía original de César Rodríguez Expósito, cuyo resumen en inglés encabeza asimismo el volumen segundo. Se reproducen en ambos setenta y ocho trabajos del gran médico cubano acerca de la fiebre amarilla, ordenados cronológicamente desde una memoria manuscrita de 1866 hasta un artículo aparecido en 1899. Se ofrecen todos en el idioma que fueron originalmente publicados: siete de ellos en inglés y el resto en castellano. La edición carece de aparato crítico y no son nada satisfactorios los índices y las referencias bibliográficas acerca de la procedencia de cada texto, resultando incluso confusa su ordenación y la separación esta-

blecida entre los mismos. A pesar de estos reparos, hay que elogiar la iniciativa que implica esta edición y el esfuerzo que ha significado.—
JOSÉ MARÍA LÓPEZ PIÑERO.

CUENTOS QUE LO SON

El cuento suele revelar mejor que otro género literario cualquiera la actitud espiritual de su creador en el momento de estar dándole salida. Lo que se quiere decir con esto es que el cuento refleja siempre las vacilaciones o dificultades que se levantan ante el escritor mientras realiza su tarea. Como también refleja el estado de ánimo en que el cuentista ejecuta su obra cuando el cuento y el hecho de redactarlo aparecen fundidos en un acto que podría calificarse de alegre o divertido. En todo caso, de satisfecha labor.

Tal es el caso de estos cuentos de Esteban Padrós de Palacios (1). Cuentos que descubren al amigo de este género literario, tan preciso, y amigo tanto como escritor como por la afición de apasionado lector que descubre. De ellos se podría decir cualquier cosa, pero ni siquiera insinuar que no son cuentos. Las palabras «relato» y «narración» que solemos emplear para denominar aquellas formas breves de la narrativa que no tienen bien definidos sus perfiles de cuento no son necesarias en este caso. Una de las cosas que hay que decir en su alabanza, o al menos en su definición, es que tienen la estructura, el ritmo y el desarrollo exigidos para poder llevar con justicia el sustantivo definidor de su género.

De esa unidad de concepto del cuento—aunque el último de ellos, del que luego hablaremos, podría también considerarse novela corta, dentro también de características muy precisas—que ya da cohesión al conjunto de relatos, pasamos a la diversidad que nace del desarrollo de cada uno de ellos, de acuerdo con el tema y el ambiente. El cuentista ha de ganar al lector y al mismo tiempo ha de ser fiel al cuento tal como nace en él. Hay cuentos que exigen el golpe rápido al lector, quemando etapas, soslayando descripciones, empujándole a un fin premeditado que no ha de vislumbrar hasta el último párrafo. Otros piden la acumulación de datos previos para que en el lector vaya naciendo morosamente la ambientación que el hecho a contar necesita.

El primero de los que componen el libro, el titulado «El pecado»,

(1) ESTEBAN PADRÓS DE PALACIOS: *La lumbre y las tinieblas*. Barcelona, Plaza & Janés (Prosistas de lengua española), 1966.